

LA DOBLE LECCION DE BOURDIEU*

Luis Astorga**

En abril de 1982, en una de esas raras tardes soleadas de París, el aula Henri Bergson (donde enseñaba también Foucault) del *Collège de France* se encontraba llena. Las cámaras de t.v., la plana mayor de la *intelligenza* de esa institución y un público heterogéneo y cosmopolita, cuyas edades fluctuaban entre los 25 y los 70 años o más, esperaban la aparición del nuevo miembro de esa especie de Consejo de Sabios. Según los conocedores de las intrigas intelectuales parisinas, entre ellos el semanario *Le Nouvel Observateur*, la cátedra de sociología se la disputaban Pierre Bourdieu y Alain Touraine. Este último tal vez más conocido en México por haber dirigido trabajos de tesis de estudiantes mexicanos de sociología en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales. Algunos buscadores de distinción quizá se sentían aludidos e incómodos por los análisis de Bourdieu acerca de los intelectuales y del sistema de enseñanza, de ahí el desinterés en la diversificación de la elección de gurús existentes.

Se anuncia la entrada del Sr. profesor. Bourdieu toma asiento y empieza a leer el texto de la lección inaugural. Se le nota nervioso y no es para menos: la "crema" de la intelectualidad francesa se encuentra frente a él para juzgarlo y legitimarlo al mismo tiempo, cosa que no todos saben, y que él se encargará de recordárselos haciendo la sociología de la lección inaugural, es decir mostrando a través de su discurso; la lógica de los ritos de institución que autorizan a hablar con autoridad e instituyen la palabra en discurso legítimo.

La sociología, "ciencia de la institución y de la relación feliz o infeliz con la institución", desencanta, saca del estado de inocencia, viola la conformidad del sentido común, del dogmatismo; se contrapone al "uso terrorista o teológico de los escritos canónicos", de ahí la dificultad para que sea reconocida como ciencia por aquellos que se interesan en el "desconocimiento de los fundamentos verdaderos de la dominación". Bourdieu, y en esto concuerda con los teóricos de la Escuela de Francfort, piensa que una "autoridad negativa crítica" es lo propio de una ciencia social "realmente autónoma" y se opone a la razón instrumental: "la ciencia social no puede constituirse sino rechazando la demanda social de instrumentos de legitimación o de manipulación". Las designaciones, las definiciones, las enunciaciones, contribuyen también a hacer aquello de lo que hablan; así, "la sociología debe tomar por objeto, en lugar de dejarse tomar por él, la lucha por el monopolio de la representación legítima del mundo social, esta lucha de las clasificaciones que es una dimensión de toda especie de lucha de clases".

No es la labor del sociólogo la de ejercer las funciones de juez o del *rex* antiguo, quien tenía el "poder de *regere fines* y de *regere sacra*, de decir las fronteras, los límites, es decir, "lo sagrado", papel que a veces se arroga y se le reconoce con la autoridad de la ciencia. Este tipo de sociólogo está más cercano al *ensor* que al sabio. Pero tampoco es un árbitro imparcial ni un espectador divino; está lejos de la ilusión de Manheim acerca de la neutralidad del científico. Es más bien "aquel que se esfuerza en decir la verdad de las luchas que tienen por

* Bourdieu, Pierre. *Leçon sur la Leçon (Leçon inaugurale prononcée au Collège de France le vendredi 23 avril 1982)*, Editions de Minuit, Paris, 1982, 56 pp.

** Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.



objeto de disputa —entre otras cosas— la verdad". O para hablar más claro en contra de las pretensiones del saber absoluto: "si hay una verdad, es que la verdad es un campo de luchas". Recordatorio incómodo para aquellos intelectuales que están más interesados en el "comercio simbólico", en el ejercicio del "poder simbólico", que en el "conocimiento del sujeto del conocimiento", a lo cual contribuye la sociología del sistema de enseñanza.

Son dos los estados de lo social cuya relación conforma "el principio de la acción histórica" de los agentes sociales: "la historia objetivada en las cosas, bajo la forma de instituciones, y la historia encerrada en los cuerpos, bajo la forma de ese sistema de disposiciones durables que yo llamo *habitus*. El cuerpo está en el mundo social, pero el mundo social está en el cuerpo". Con esto, Bourdieu señala sus diferencias respecto a los monismos y establece que dicho principio "no reside ni en la conciencia ni en las cosas". En otras palabras, tratar de conocer las propiedades intrínsecas, la esencia de los diversos estados, aislados el uno del otro, puede ser un ejercicio especulativo interesante, mas no es lo propio de la posición epistemológica del autor quien concibe la actividad científica como relación de elementos que forman parte de lo real, pero que contribuyen al mismo tiempo a hacer esa realidad. Lo objetivo y lo subjetivo no se oponen irremediablemente, se complementan necesariamente.

Es "sobre la hipótesis de la invarianza formal en la variación material" que Bourdieu se apoya para "transferir lo que ha sido establecido a propósito de un objeto construido; por ejemplo, el campo religioso a toda una serie de objetos nuevos, el campo artístico o el campo político, y así sucesivamente". Su propia admisión al *Collège de France* es vista por Bourdieu como un rito de institución en virtud del cual su palabra adquiere un mayor grado de eficacia mágica, de credibilidad, por el hecho de ser pronunciado con la autorización de esa institución y en el espacio físico que ella ocupa. No es que antes su discurso fuera desconocido o no creído; de hecho, ser profesor en la Escuela Normal Superior y en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales otorga también un gran prestigio, pero su entrada a la Catedral es la consagración. Bourdieu lo sabe y lo dice de una forma que expresa su concepción de la manera de hacer ciencia: "se hace ciencia —y sobre todo sociología— tanto contra su formación como con su formación". Para él, "las funciones sociales son ficciones sociales" son, si se nos permite la expresión, ilusiones que funcionan. Son los juegos que todos jugamos, al-



gunos conociendo las reglas, los más desconociéndolas junto con el juego. La tarea del sociólogo sería entonces la de mostrar su lógica de funcionamiento y su génesis arbitraria, apoyando de esa manera al "menos ilegítimo de los poderes simbólicos, el de la ciencia, especialmente cuando toma la forma de una ciencia de los poderes simbólicos".

La libertad que Bourdieu se ha tomado para hacer la sociología de la lección inaugural es defendida por él mismo como el mejor homenaje que se le pueda hacer a una institución de libertad, dedicada "a defender la libertad respecto a las instituciones, condición de toda ciencia, y en primer lugar de una ciencia de las instituciones". En fin, "la empresa paradójica que consiste en utilizar una posición de autoridad para decir con autoridad lo que es decir con autoridad, para hacer una lección pero una lección de libertad en relación a todas las lecciones, sería simplemente inconsecuente, incluso autodestructiva, si la ambición misma de hacer una ciencia de la creencia no supusiera la creencia en la ciencia".

Los estudiantes de diversos países que se reunieron en la terraza de uno de los cafés de la Plaza de la Sorbona después de esa doble lección, estarán seguramente de acuerdo en que el peor servicio que se le podría hacer a Bourdieu sería convertirlo en el *Bon Dieu* de la sociología.